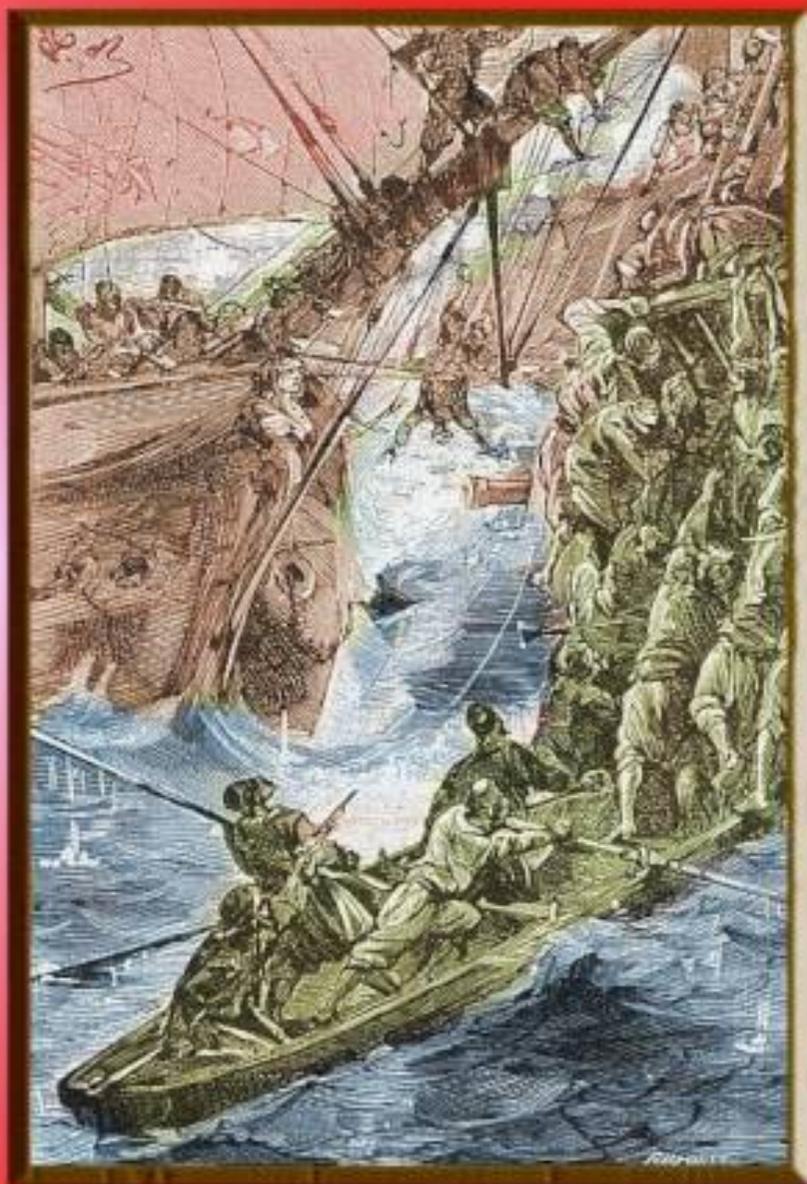




Jules Verne



El Archipiélago en llamas

A principios del siglo XIX (1827), Grecia, con la ayuda de ingleses, franceses y rusos, lucha por liberarse de la tiranía de los turcos. Elizundo, un banquero de Corfú, se ha hecho rico gracias a la piratería. Quiriendo dejar a su hija, la bella Hadjine Elizundo, casada con un hombre de bien, pacta el matrimonio con un soldado francés, el valiente militar Henry d'Albaret.

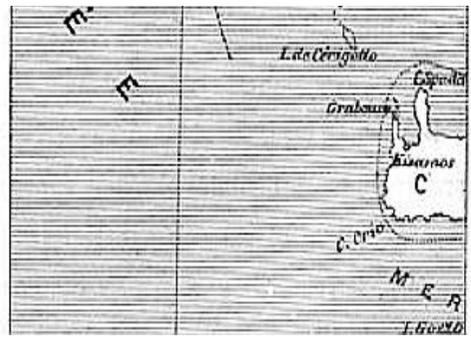
Sin embargo, los viejos negocios del banquero con los piratas obligarán a Elizundo a cancelar la boda y a ofrecer a Hadjine al terrible pirata Nicolás Starkos, que vende como esclavos a los prisioneros de guerra y ansía la fortuna del banquero. Éste y d'Albaret serán rivales por ganarse el amor de Hadjine, quien prefiere a d'Albaret; a partir de este momento, se libraré una dura lucha entre ambos hombres.

Llegado el momento del combate, los piratas cuentan con la superioridad numérica: seiscientos frente a doscientos, de modo que evitarán el cañoneo e intentarán el abordaje y la lucha cuerpo a cuerpo, donde tienen garantizada la victoria. D'Albaret lo sabe. Bajo su custodia, doscientas almas rescatadas de la esclavitud camino de la Berbería. Ninguno de esos pobres diablos es apto para la defensa frente a la ira del corsario. De modo que no queda otra sino la heroica lucha. Matar antes que morir.

D'Albaret no sólo contribuirá a la liberación de Grecia, sino que también salvará a su amada de un destino abominable.

En suma, una magnífica novela de Verne ambientada en la geografía de la península griega y sus islas, con el agitado trasfondo histórico de la guerra de la Independencia de ese país mediterráneo.

Primera parte



Capítulo I

Un buque en alta mar

El 18 de octubre de 1827, hacia las cinco de la tarde, un pequeño buque levantino ceñía el viento en el intento de alcanzar, antes de que se hiciera de noche, el puerto de Vitylo, a la entrada del golfo de Corón.

Este puerto, el antiguo Oitylos de Homero, está situado en una de las tres profundas incisiones que recortan, en el mar Jónico y en el mar Egeo, esa hoja de plátano con la que, muy acertadamente, ha sido comparada la Grecia meridional. Sobre esta hoja se extiende el antiguo Peloponeso, la Morea de la geografía moderna. La primera de tales mordeduras, al oeste, es el golfo de Corón, abierto entre la Mesenia y la Maina; la segunda es el golfo de Maratón, que escota ampliamente el litoral de la severa Laconia; la tercera es el golfo de Nauplia, cuyas aguas separan la Laconia de la Argólida.

Al primero de estos tres golfos pertenece el puerto de Vitylo. Excavado en el límite de su costa oriental, en el fondo de una ensenada irregular, ocupa los primeros estribos marítimos del Taigeto, cuya prolongación orográfica forma la osamenta de esta región que es la Maina. La seguridad de sus fondos, la orientación de sus pasos y las alturas que lo abrigan hacen de él uno de los mejores refugios de una

costa incesantemente azotada por todos los vientos de esos mares mediterráneos.

El buque, que se elevaba, todo a ceñir, contra una brisa bastante fresca de nornoroeste, no podía ser visto desde los muelles de Vitylo. Una distancia de entre seis y siete millas lo separaba todavía del puerto. Aunque el día era muy claro, sobre el fondo luminoso del lejano horizonte se recortaba apenas la orla de sus velas más altas.

Mas lo que no podía verse desde abajo podía verse desde arriba, es decir, desde la cima de las crestas montañosas que dominan el pueblo. Vitylo está construido, en forma de anfiteatro, sobre rocas abruptas defendidas por la antigua acrópolis de Kelafa. Por encima se yerguen algunas viejas torres en ruinas, de un origen posterior a los curiosos restos de un templo de Serapis, cuyas columnas y capiteles de orden jónico adornan aún la iglesia de Vitylo. Cerca de esas torres se levantan, asimismo, dos o tres capillitas poco frecuentadas, que atienden unos monjes encargados del culto.

Es conveniente que aclaremos la expresión «encargados del culto» e incluso esa calificación de «monje» que aplicamos a los basilios^[1] de la costa mesenia. Por otra parte, vamos a poder juzgar, directamente del natural, a uno de ellos, que acababa de abandonar su capilla.

En aquella época, la religión, en Grecia, era todavía una mezcla singular de las leyendas del paganismo y de las creencias del cristianismo. Muchos fieles veían a las diosas de la antigüedad como santas de la nueva religión e, incluso actualmente, como ha hecho notar Henry Belle, esas gentes «amalgaman a los semidioses con los santos, a los duendes de los pequeños valles encantados con los ángeles del paraíso, invocando tanto a las sirenas y las furias como a la *Panagia*^[2]». De ahí la existencia de ciertas prácticas extravagantes y de anomalías que hacen sonreír, y de ahí

también la aparición, a veces, de una clerecía incapaz de desenredar ese caos poco ortodoxo.

Durante el primer cuarto del presente siglo, sobre todo —hace unos cincuenta años, en la época en que comienza esta historia—, el clero de la península helénica era todavía más ignorante, y los monjes, indolentes, ingenuos, simples y complacientes, no parecían estar demasiado capacitados para guiar a unas gentes supersticiosas por naturaleza.

¡Y si por lo menos esos basilios hubiesen sido tan sólo ignorantes! Pero, en ciertas partes de Grecia, sobre todo en las regiones salvajes de la Maina, aquellos pobres hombres, reclutados, dicho sea de paso, entre las clases más bajas, mendigos por naturaleza y por necesidad, que vivían por-dioseando las dracmas que les lanzaban de vez en cuando los viajeros caritativos, sin otra ocupación que la de dar a besar a los fieles la imagen apócrifa de algún santo o la de mantener encendida la lámpara ante la hornacina de alguna santa y desesperados por el poco rendimiento que obtenían de los diezmos, las confesiones, los entierros y los bautizos, no manifestaban ningún escrúpulo a la hora de hacer de vigías —¡y menudos vigías!— por cuenta de los habitantes del litoral.

Por eso, cuando vieron que uno de sus monjes bajaba rápidamente hacia el pueblo agitando los brazos, los marineros de Vitylo, que estaban tumbados en el puerto, como esos *lazzaroni*^[3] que necesitan dos horas de descanso después de realizar un trabajo de unos minutos, se levantaron.

El monje era un hombre de unos cincuenta a cincuenta y cinco años, no sólo corpulento, sino también gordo, con esa gordura que genera la ociosidad, y su fisonomía astuta no podía inspirar sino una mediocre confianza.

—¿Qué pasa, padre? ¿Qué pasa? —exclamó uno de los marineros corriendo hacia él.



El vityliano hablaba con ese tono gangoso que haría creer que Nasón fue uno de los antepasados de los helenos, y utilizaba el dialecto mainota, en el que se mezclan el griego, el turco, el italiano y el albanés, como si hubiese existido en tiempos de la torre de Babel.

—¿Es que los soldados de Ibrahim han invadido las alturas del Taigeto? —preguntó otro marinero, con un gesto de apatía que denotaba escaso patriotismo.

—¡A menos que sean los franceses, que no nos hacen ninguna falta! —contestó el primer interlocutor.

—¡Iguales son unos que otros! —replicó un tercero.

Y esta respuesta indicaba que la lucha, entonces en su fase más terrible, interesaba muy poco a aquellos indígenas de los confines del Peloponeso, enormemente diferentes de los mainotas del norte, que tan brillantemente se distinguieron durante la guerra de la Independencia.

Pero el obeso monje no podía replicar ni a uno ni a otro. Se había sofocado bajando las rápidas pendientes del acantilado. Su pecho de asmático jadeaba. Quería hablar y no lo conseguía. Al menos, uno de sus antepasados de la Hélade, el soldado de Maratón, antes de caer muerto había podido anunciar la victoria de Milcíades. Pero ya no se trataba de Milcíades ni de la guerra de los atenienses y los persas. Eran sólo griegos, aquellos hoscos habitantes de la punta extrema de la Maina.

—¡Habla, padre, habla ya! —exclamó un viejo marino llamado Gozzo, más impaciente que los otros, como si hubiera adivinado lo que el monje había venido a anunciarles.

Éste consiguió por fin recuperar el aliento. Luego, tendiendo la mano hacia el horizonte, dijo:

—¡Barco a la vista!

Y, al oír estas palabras, todos aquellos haraganes se pusieron en pie dando palmas y echaron a correr hacia un roquedal que dominaba el puerto. Desde allí, su vista podía abarcar un sector más vasto del mar.

Un extranjero habría podido creer que aquel movimiento estaba provocado por el natural interés que todo navío arribando a puerto inspira necesariamente en unos marineros fanáticos de las cosas del mar. Nada más lejos de la realidad. De hecho, si algún tipo de interés podía apasionar a aquellos indígenas, era desde un punto de vista muy especial.

En efecto, en el momento en el que escribo —no en el momento en que tenía lugar esta historia—, la Maina es todavía un país aparte en medio de Grecia, convertida ésta nuevamente en reino independiente por voluntad de las potencias europeas, signatarias del Tratado de Andrinópo-

lis de 1829. Los mainotas, o al menos los de tal nombre que viven en esas puntas alargadas entre los golfos, han permanecido en un estado semibárbaro, más preocupados por su propia libertad que por la libertad de su país. De ahí que esa lengua extrema de la tierra que es la Morea inferior haya sido, en todas las épocas, prácticamente irreductible. Ni los jenízaros turcos, ni los soldados griegos pudieron vencer a los mainotas. Pendencieros, vindicativos, transmitiéndose de padres a hijos, como los corsos, odios entre familias que no pueden extinguirse si no es a través de la sangre, saqueadores de nacimiento y sin embargo hospitalarios, asesinos cuando el robo exige el asesinato, estos rudos montañeses se consideran, a pesar de todo, los descendientes directos de los espartanos; pero, encerrados en las ramificaciones del Taigeto, donde se cuentan por millares esas pequeñas ciudadelas o *pyrgos* casi inaccesibles, desempeñan de muy buen grado el papel equívoco de aquellos forajidos de la Edad Media que ejercían sus derechos feudales a puñaladas y a tiros.

Pues bien, si actualmente los mainotas son todavía medio salvajes, resulta fácil imaginar lo que debían de ser hace cincuenta años. Durante el primer tercio de este siglo, antes de que los cruceros de los barcos de vapor hubiesen frenado en gran medida sus depredaciones en el mar, fueron los piratas más osados y los más temidos por los buques mercantes que hacían escala en los puertos de Levante.

Y precisamente, el puerto de Vitylo, por el hecho de hallarse situado en el extremo del Peloponeso, a la entrada de dos mares, y por su proximidad con la isla de Cerigoto, refugio predilecto de los corsarios, estaba en el lugar idóneo para acoger a todos aquellos malhechores que pirateaban en la zona del Archipiélago y los parajes vecinos del Mediterráneo. El punto de concentración de los habitantes de esta parte de la Maina se llamaba entonces, concretamente, Kakovoni, y los kakovoniotas, a caballo de esa pun-

ta en la que termina el cabo Matapán, podían operar cómodamente. En el mar, atacaban a los navíos; desde tierra, los atraían por medio de falsas señales. En todas partes los saqueaban y los quemaban. Poco importaba que la tripulación estuviese compuesta de turcos, malteses, egipcios, incluso griegos: todos eran degollados sin piedad o vendidos como esclavos en las costas berberiscas. Cuando faltaba el trabajo, cuando escaseaban los barcos de cabotaje en los parajes del golfo de Corón o del golfo de Maratón, alrededor de Cerigo o del cabo Gallo, se elevaban rogativas al dios de las tempestades, a fin de que se dignase lanzar contra aquellas costas algún buque de gran tonelaje y rica carga. Y los basilios no se negaban a realizar estas plegarias, que redundaban en mayor beneficio de sus fieles.

Pues bien, desde hacía algunas semanas no habían podido saquear nada. Ningún buque había venido a atracar en las orillas de la Maina. Por eso se produjo una explosión de júbilo, no bien el monje hubo dejado escapar aquellas palabras, entrecortadas por sus jadeos asmáticos:

—¡Barco a la vista!

Casi inmediatamente se oyeron los tañidos sordos de la simandra, especie de campana de madera chapada en hierro usada en aquellas provincias, donde los turcos no permiten el empleo de las campanas de metal. Pero aquellos lúgubres repiques bastaban para reunir a una población ansiosa: hombres, mujeres, niños, perros feroces y temibles, todos igualmente aptos para el saqueo y el asesinato.

Entretanto, los vitylianos, reunidos sobre el alto peñasco, discutían a gritos. Aquel buque avistado por el monje, ¿qué tipo de barco era?

Impulsado por la brisa del nornoroeste, que arreciaba al caer la noche, el navío, amuras a babor, avanzaba rápidamente. Era posible incluso que rebasara el cabo Matapán dando bordadas. A juzgar por la dirección que llevaba, parecía venir de los alrededores de Creta. El casco empezaba a mostrarse por encima de la estela blanca que dejaba tras

él; pero a esa distancia, el velamen no era todavía más que una masa confusa. Resultaba, pues, difícil reconocer a qué tipo de buque pertenecía. De ahí que los comentarios se contradijeran a cada momento.

—¡Es un jabeque! —decía uno de los marineros—. ¡Acabo de ver las velas cuadradas del trinquete!

—¡No! —replicaba otro—. ¡Es un pingue! ¡Mirad la popa levantada y la arrufadura de la roda!

—¡Jabeque o pingue! ¿Quién va a poder distinguirlos a esta distancia?

—¿No será más bien una polacra de velas cuadradas? —observó otro marinero, que se había hecho un catalejo con las dos manos medio cerradas.

—¡Que Dios nos asista! —contestó el viejo Gozzo—. ¡Polacra, jabeque o pingue, todos son buques de tres mástiles, y valen más tres mástiles que dos cuando se trata de atracar en nuestras costas con un buen cargamento de vino de Candía o de telas de Esmirna!

Tras este juicioso comentario, todos miraron con mayor atención. El navío se acercaba y se iba agrandando poco a poco; pero, precisamente porque navegaba todo a ceñir, no era posible verlo de costado. Hubiera sido, pues, difícil decir si tenía dos o tres mástiles, o sea, si se podía esperar que su tonelaje fuera o no considerable.

—¡Oh, no! ¡Maldita sea nuestra suerte y maldito el diablo que anda en ella! —dijo Gozzo, lanzando uno de aquellos juramentos políglotas con los que acentuaba todas sus frases—. Al final resultará que sólo es un falucho...

—¡O incluso un *speronare*^[4]! —exclamó el monje, tan decepcionado como su rebaño.

Ni que decir tiene que estas dos observaciones fueron acogidas con gritos de desaliento. Pero, fuera del tipo que fuera, se podía ya calcular que aquel barco debía de tener una capacidad de a lo sumo cien o ciento veinte toneladas. Después de todo, poco importaba que su cargamento no fuese enorme, si era rico. Hay simples faluchos, o incluso

ciertos *speronares*, que van cargados de vinos preciosos, aceites finos o tejidos de valor. En tal caso, vale la pena atacarlos. ¡Y proporcionan un gran beneficio por poco trabajo! Por lo tanto, no había que desesperar aún. Además, los más viejos de la banda, muy entendidos en la materia, opinaban que el buque tenía un cierto porte elegante que decía mucho en su favor.

Mientras tanto, el sol empezaba a desaparecer tras el horizonte al oeste del mar Jónico; pero el crepúsculo de octubre proyectaría todavía luz suficiente, al menos durante una hora, para que el navío pudiese ser reconocido antes de que se hiciera noche cerrada. Éste, por otra parte, después de haber doblado el cabo Matapán, acababa de abatir dos cuartos sobre su rumbo con objeto de tomar mejor la entrada del golfo y se ofrecía en las mejores condiciones a la mirada de sus observadores.

Al cabo de un instante, una palabra escapó de labios del viejo Gozzo:

—¡*Sacoleva!*

—¡Una *sacoleva!* —exclamaron sus compañeros, y su decepción se tradujo en una descarga de maldiciones.

Pero, a este respecto, no hubo discusión alguna, porque no había error posible. El navío que maniobraba a la entrada del golfo de Corón era, sin lugar a dudas, una *sacoleva*. A pesar de todo, las gentes de Vitylo no tenían motivo para quejarse de su mala suerte. No es raro encontrar algún cargamento precioso a bordo de estas *sacolevas*.

Se llama así a un tipo de buque levantino de tonelaje mediano, cuya arrufadura, es decir, la curva del puente, se acentúa ligeramente levantándose hacia la popa. Sus tres mástiles de una sola pieza van aparejados con velas áuricas. El palo mayor, muy inclinado hacia proa y colocado en el centro, lleva una vela latina, una bandola y una gavia con un juanete alto. Dos foques en la proa y dos velas en punta en los dos mástiles desiguales de popa completan su velamen, que le da un aspecto singular. Los vivos colores del

casco, el lanzamiento de la roda, la variedad de su arboladura y el particular corte de sus velas hacen de él uno de los más curiosos especímenes entre esos graciosos navíos que bordean a centenares los estrechos parajes del Archipiélago. Nada tan elegante como este ligero buque, acostándose y enderezándose sobre las olas, coronándose de espuma, saltando sin esfuerzo, como lo haría un enorme pájaro cuyas alas hubiesen rozado el mar, que en ese momento rielaba bajo los últimos rayos de sol.

Aunque la brisa tendía a arceciar y el cielo se cubrió de mangas^[5], nombre que los levantinos dan a ciertas nubes de su cielo, la *sacoleva* no reducía en nada su velamen. Conservaba izado incluso el juanete alto, que cualquier marino menos audaz seguramente ya hubiese amainado. Evidentemente, su intención era atracar, pues el capitán no tenía ningún interés en pasar la noche en medio de una mar que estaba ya encrespada y amenazaba con tornarse aún más gruesa.

Pero, aunque en ese momento para los marinos de Vitylo no había ya ninguna duda de que la *sacoleva* estaba entrando en el golfo, no dejaban de preguntarse si se dirigiría a su puerto.

—¡Eh! —exclamó uno de ellos—. ¡Se diría que sigue arriándose al viento en lugar de venir al fondeadero!

—¡Que el diablo se la lleve! —replicó otro—. ¿Es que acaso piensa virar por avante y hacerse a la mar de nuevo?

—A lo mejor pone rumbo a Corón.

—O a Calamata.

Estas dos hipótesis eran igualmente admisibles. Corón es un puerto de la costa mainota muy frecuentado por los navíos mercantes de la zona de Levante, y allí se lleva a cabo una parte importante de la exportación de los aceites del sur de Grecia. Lo mismo puede decirse de Calamata, situada en el fondo del golfo, cuyos bazares rebosan de productos manufacturados, telas o cerámicas, que le envían los diversos Estados de Europa occidental. Era, pues, posible